

REVISTA DE HISTORIA SOCIAL Y DE LAS MENTALIDADES N°7, PRIMAVERA 2003, PP. 175-191.

FORTALEZA Y DEBILIDAD DE LA ESTRATEGIA GLOBALISTA EN LA POSTGUERRA FRIA

JULIO PÉREZ SERRANO*

PRESENTACIÓN

AL FILO DEL TERCER milenio de la era cristiana, la Humanidad se debatía, como antaño, entre los argumentos de la razón y el empuje indomable de los mitos, prueba evidente de que aún ella se encuentra lejos de haber alcanzado la edad adulta. El cierre, a mediados de agosto de 1999, de las lujosas tiendas de un conocido modisto parisino, compulsivo lector de Nostradamus, ante la inminente llegada del fin del mundo, es una prueba palmaria de que el dinero no tiene por qué erradicar la ignorancia. Sectas suicidas, fanáticos y agoreros de toda índole reprodujeron en pequeña escala lo que fue el desenfreno colectivo del año mil.

De hecho, desde que el hombre tuvo conciencia de su existencia social y, sobre todo, desde que fue capaz de medir el paso del tiempo, cada vez que ha rebasado un límite cronológico significativo lo ha hecho acompañado de una irrefrenable y contagiosa sensación de inseguridad. Las profecías sobre la llegada del Anticristo, el Apocalipsis y el fin del mundo, entendido, este último, como el fin de la presencia del hombre sobre el planeta, llenaron las últimas décadas del primer milenio de la era cristiana. Eran mitos asociados a la cultura entonces dominante, que conectaban con los elementos más primarios de las creencias sociales del mundo feudal. Es comprensible, pues, que la visión teocéntrica del mundo hiciera pensar al hombre de la época en un final que habría de venir, en lógica concordancia con ello, de la mano de la religión. Suele omitirse, sin embargo, que los pueblos que no se regían por el calendario cristiano, que eran la mayor parte de los que poblaban entonces nuestro mundo, no forjaron este tipo de mitos y profecías cabalísticas. De modo que el primer milenarismo quedó claramente caracterizado como un

* Universidad de Cádiz, Cádiz, España.

fenómeno propio de la civilización cristiana occidental.

Los mil años que nos separan de aquellas controversias quizá puedan dificultar la capacidad de algunos para hacer ciertas analogías. Esta incapacidad, disculpable en el ciudadano común, está, sin embargo, poco justificada en el caso de los historiadores y, en general, en quienes cultivan las disciplinas encuadrables entre las ciencias sociales. Contribuye, sin duda, a disminuir nuestro sentido crítico el hecho de que, en apariencia —aunque sólo en apariencia— no estemos ante ninguna profecía, sino ante hechos tan constatables como la revolución en las telecomunicaciones, la integración de grandes mercados regionales o la clonación de seres humanos.¹ Pero no debemos olvidar que la nuestra no es ya, pese al enorme influjo que la religión todavía conserva en el ámbito de la cultura, una sociedad teocéntrica, sino una sociedad tecnológica.

Es bien sabido que durante los últimos cinco siglos el saber se ha secularizado y que el centro de gravedad de nuestra civilización se ha desplazado de lo religioso a lo científico-técnico. No debe extrañar, por tanto, que en esta nueva frontera, la del año dos mil, tan convencional y arbitraria como la precedente, el milenarismo adquiera los perfiles de la utopía tecnológica y no tanto los del pesimismo apocalíptico. Ciertamente coexisten, e incluso se dan la mano en ciertas previsiones, pero, mientras el segundo arraiga, por lo general, en capas marginales y poco instruidas, el primero se presenta como prognosis científica, asumida por las capas más cultas y propiciada por las instancias que actualmente ostentan la dirección y la representatividad de nuestras sociedades.

La extensión de la democracia y de los derechos humanos a todos los rincones del planeta, la erradicación de las guerras y de las revoluciones, la constitución de un nuevo orden internacional justo y otras tantas visiones benéficas de lo que habrá de ser el futuro más inmediato en el nuevo milenio, son asumidas por instancias gubernamentales y académicas como escenarios posibles a corto o mediano plazo, gracias a la llamada *globalización*.² ¿Qué hay de cierto en todo ello? ¿Estamos o no ante un nuevo milenarismo?

1 Especialmente interesantes por su abordaje de la utopía tecnológica que se asocia a la globalización, Freeman, D. J. (2000), *El Sol, el genoma e Internet*. Madrid, y Kanu, M. (1998), *Visiones*. Madrid.

2 Sobre estas cuestiones, Jáuregui, G. (2000), *La democracia planetaria*. Oviedo; Piniillos, J. L. (1998), *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*. Madrid. Más ecuánime, Dehesa, G. de la (2000), *Comprender la globalización*. Madrid.

EL PRESENTE COMO FASE DE LA MUNDIALIZACIÓN

Es evidente, desde luego, que el mundo de nuestros días se parece poco al que contemplaron los súbditos de Otón I, hace más o menos mil años, aunque ya entonces éste pretendió proclamarse soberano de una «Europa unida». De hecho, aunque tienen su matriz en el pensamiento racionalista e ilustrado, nadie podría decir que nuestras sociedades son una mera prolongación del Siglo de las Luces. Dos grandes procesos revolucionarios, el de 1789 y el de 1989 han extendido el liberalismo por todo el planeta, convirtiéndolo —salvo muy contadas excepciones— en el único sistema mundial; un sistema que, probablemente, le sería del todo extraño a sus primitivos promotores.

Más importantes, si cabe tal expresión, han sido las tres revoluciones que, sin solución de continuidad han transformado de raíz las estructuras productivas que nos fueron legadas, desplazando al trabajo humano de su primacía en el proceso de producción y haciendo recaer sobre lo tecnológico el protagonismo del cambio económico y social. En términos demográficos, este gran salto se tradujo en un crecimiento cuantitativo sin precedentes. De hecho, hoy habitan el planeta unos 6.000 millones de seres humanos, más de la mitad de los que se calcula que han existido en toda la historia de la Humanidad, y que son los responsables de nuestro actual nivel de conocimiento y de desarrollo. ¿Qué puede esperarse de un potencial creativo de tamaña magnitud? Aun ponderando los tiempos necesarios para la difusión y la asimilación de los avances científicos, resulta escalofriante imaginarlo.

Desde el punto de vista de las bases materiales es evidente, pues, que la Humanidad está preparada para dar el salto cualitativo que parece demandar el término *globalización*. Los parámetros ecológicos no mienten: nuestra especie, a diferencia de otras, puebla o está en condiciones de poblar los más inhóspitos lugares del planeta, y crece, de forma imparable, a un ritmo exponencial. Puede, asimismo, gracias a sus niveles tecnológico y económico, dar continuidad espacio-temporal a este poblamiento, por lo que es capaz de homogeneizar sus formas y de asegurar la plena inserción de todas sus poblaciones en una única comunidad mundial. La llamada «aldea global» es, desde este punto de vista, una realidad incuestionable.

El camino que nos ha conducido hasta aquí hunde sus raíces en el pasado más remoto. Pero, aunque en el proceso de integración de la especie

humana a escala planetaria no pueda ignorarse el papel, por ejemplo, de las primeras colonizaciones greco-fenicias en el Mediterráneo, lo cierto es que —como ya puso de manifiesto I. Wallerstein— la mundialización comienza a tomar cuerpo a finales del siglo XV.³ Para lo que aquí nos interesa, señalemos sólo que en esta primera fase, tendiente a la conformación de una economía mundial, actuó como fuerza motriz la incesante demanda de materias primas y metales preciosos por parte de las metrópolis europeas, sobre la que se asentó la proyección internacional de los modernos Estados autoritarios, mucho más eficientes que sus antecesores medievales.

Tabla 1
Grandes etapas de la mundialización

Denominación	Período	Fuerza motriz
Colonialismo	1490-1790	Pugna por materias primas y metales preciosos
	1790-1890	Formación de mercados nacionales
Imperialismo	1890-1945	Pugna por extender los mercados
	1945-1990	Integración de mercados regionales
Globalismo	1990-hoy	Pugna por el mercado mundial
	?	Integración del mercado mundial

Ya en los albores de la pasada centuria, la economía europea había sido capaz de absorber el ingente caudal de recursos aportados por la práctica del pacto colonial, pero su circulación y puesta en valor se encontraba limitada por los propios fundamentos del sistema. Paradójicamente, el poder centralizado de los monarcas y el mercantilismo, que habían promovido la primera fase de la mundialización —la llamada «expansión europea»—, pasaban a ser ahora los principales obstáculos para su avance.

¿Qué había sucedido? La práctica del colonialismo durante los siglos modernos había hecho florecer las ciudades, al calor de la creciente manufactura y del comercio, y había promovido, también, avances en el mundo del pensamiento, la ciencia y la cultura. El hombre disponía de un mayor bagaje intelectual y también de mayores recursos para poner en práctica sus ideas. Pero los factores de la producción estaban controlados. Tanto la reglamentación gremial como la servidumbre tendían a inmovilizar la fuerza de trabajo, justa-

3 Vid. Wallerstein, I. (1974), *The Modern World-System, I. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York, Academic Press.

mente el factor que en esta segunda etapa se manifestaba como el más dotado para impulsar un nuevo salto en el proceso de la mundialización.

No debe extrañar, por tanto, que la quiebra de la monarquía absoluta como modelo de Estado viniese motivada en gran parte por la ineficiencia del sistema económico sobre el que se asentaba, el mercantilismo, incapaz de adaptarse a las exigencias que por aquel entonces imponía ya la mundialización. La revolución liberal fue, por tanto, el resultado de una necesidad histórica y no el fruto de una oscura conspiración sectaria, como propugna hoy la historiografía revisionista más radical.

Con la introducción de las nuevas relaciones económicas del capitalismo liberal, la sociedad comenzó a experimentar cambios notables. La extensión de las relaciones mercantiles a todos los ámbitos tuvo como consecuencia más inmediata la formación de mercados nacionales, para cuya defensa las respectivas burguesías, principales beneficiarias del cambio, articularon estructuras jurídicas y políticas propias. La revolución liberal y el nacionalismo fueron, así, las parteras del llamado Estado-nación, vinculado a la necesidad de acotar y extender los mercados nacionales en las nuevas condiciones de la competencia mundial.

La segunda revolución industrial y el desarrollo del capitalismo financiero vinieron a dotar al sistema económico de una capacidad de producción y reproducción sin precedentes. La proyección exterior de los Estados cobró, así, un nuevo impulso y adoptó nuevas formas: las potencias no pugnaban ya sólo por la obtención de determinados recursos, sino que aspiraban a extender sus mercados, es decir, a integrar los más amplios territorios y poblaciones en sus respectivos «espacios vitales». El imperialismo se reconoce a sí como heredero del colonialismo, pero también como principal responsable de las tensiones internacionales que acabaron provocando los dos grandes conflictos armados del siglo XX, lo que revela que el avance de la mundialización no tiene por qué ir acompañado por el retroceso de la violencia o la erradicación de las guerras.⁴

El resultado de todo ello fue que a mediados de la centuria pasada, el capitalismo contaba ya con instrumentos económicos, principalmente financieros, más que suficientes para llevar a cabo la plena integración de grandes mercados continentales. Si no avanzó más rápido fue por la existencia de prioridades políticas, derivadas de la guerra fría, y de limitaciones de carácter tecnológico que impedían prescindir por completo de los determinantes ge-

4 Véase la excelente revisión que, sobre este asunto, se hace en Hobsbawm, E. (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona.

ográficos. La crisis y el posterior hundimiento de los regímenes socialistas de la Europa oriental, que en pocos años y de forma mayoritariamente pacífica, adoptaron las recetas del FMI y del Banco Mundial, contribuyó a despejar el camino. Pronto les siguieron la mayor parte de los países del llamado «sistema socialista mundial», que se apresuraron a promover transiciones tendientes a no quedar aislados en el nuevo orden de la postguerra fría. Quienes osaron resistirse, como sucedió en el caso yugoslavo, pagaron muy cara su obstinación.

Paralelamente, desde mediados de los setenta, con el espectacular progreso de la microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones, los obstáculos operativos que impedían dar el salto hacia una planificación estratégica del desarrollo humano a escala planetaria fueron también removidos. Y ello porque esta tercera fase de la industrialización, la denominada revolución científico-técnica (RCT) ha aportado la tecnología y el instrumental necesarios para dar un nuevo paso en el proceso de sustitución del trabajo humano por el trabajo automotor, lo que supone un auténtico salto cualitativo en las relaciones productivas. Como consecuencia, la robotización se ha instalado ya en una buena parte de los sectores económicos más pujantes, y es previsible que pronto lo haga en otros, como la medicina, donde hasta ahora el elemento humano continuaba siendo fundamental. Estas transformaciones, sobre las que podríamos extendernos sin límite, se han visto asimismo potenciadas por la revolución en el sector de las telecomunicaciones, con la extensión del teletrabajo, la teleenseñanza, la gestión telemática de los capitales o la seguridad vía satélite, que han pulverizado la hasta entonces determinante influencia de los factores geográficos.⁵

La correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo se ha visto así radicalmente desnivelada en favor del primero. Las tradicionales formas de organización y lucha de los trabajadores poco pueden hacer frente a empresas multinacionales, verdaderas megápolis, cuyos capitales fluctúan con extrema rapidez de unos países a otros y de unos sectores a otros. Como ya ha sido puesto de manifiesto, con un simple ordenador conectado a la red en una isla perdida del Pacífico, es hoy posible condicionar la política económica de algunos Estados. La autonomía que ha proporcionado la RCT al capitalismo en lo que se refiere a la gestión de recursos constituye, sin duda, la base sobre la que se asientan las principales propuestas del neoliberalismo, por lo que no es extraño que uno y otra coincidan en el tiempo.⁶

5 Castells, M. (1997), *La era de la información: economía, sociedad, cultura*. Madrid.

6 Thurow, L. C. (1996), *The Future of Capitalism*. New York.

Por más que les pese a los desconcertados teóricos de la socialdemocracia, las fórmulas asistenciales que permanecieron vigentes durante el último siglo, reforzadas por razones de seguridad durante las décadas de la guerra fría, carecen ya de toda justificación estrictamente económica. De hecho, dejando a un lado otras consideraciones, es posible afirmar que hoy casi no existen frenos materiales para gestionar la economía a escala planetaria, con plena disponibilidad de todos los recursos necesarios, tanto materiales como humanos. La Humanidad habría dado, así, un nuevo y quizá decisivo paso en el camino de la mundialización. El empleo del término *globalización* revelaría, así, la percepción, no siempre consciente ni tampoco bien definida, de que avanzamos en este nuevo escenario.

Pero, llegados a este punto, cabría preguntarse si lo que hasta ahora hemos visto presupone o no el que hayan sido o vayan a ser a corto plazo alcanzados los logros sociales y políticos, el salto civilizatorio, que a menudo están asociados con la *globalización* en el imaginario colectivo.⁷

EL GLOBALISMO COMO PENSAMIENTO ÚNICO DE LA GLOBALIZACIÓN

Ciertamente, un vistazo desapasionado a lo que ha sido la última década permite albergar serias dudas respecto de la dirección en que estamos avanzando. El final de la guerra fría se solapa con dos nuevos e interminables conflictos: la «guerra del Golfo», con su secuela de intermitentes bombardeos anglo-norteamericanos sobre el territorio irakí, y la «guerra de Yugoslavia», que permanece activa con distintos grados de intensidad desde 1991, cuando Alemania y el Vaticano reconocieron unilateralmente la independencia de Croacia y Eslovenia, los territorios más septentrionales de la Federación. Empezó así, del modo menos esperado, una nueva guerra en el corazón de Europa, algo que ni los más pesimistas consideraban probable en los años de la confrontación Este-Oeste. Hoy, después de las oscuras circunstancias que envuelven los hechos del pasado 11 de septiembre de 2001, el Imperio ha desencadenado una nueva agresión bélica, cuyo principal objeto no es otro que promover una nueva escalada armamentista —una nueva guerra fría—, con sus secuelas de «caza de brujas» y restricción de las libertades democráticas.

La sociedad internacional, lejos de escandalizarse, ha asumido como inevitables estas manifestaciones de violencia y represión, e incluso reconoce *de facto* el derecho que un país, los Estados Unidos, y su alianza militar, la

7 Canclini, N. G. (1999), *La globalización imaginada*. Buenos Aires.

OTAN, tienen a intervenir fuera de sus fronteras sin un previo mandato de la ONU.⁸ El desprestigio que tales acciones han ocasionado a la máxima instancia representativa de la comunidad internacional, en la que algunos habían creído ver —terminada la guerra fría— el germen de un futuro gobierno planetario, no puede menos que resultar decepcionante. Algo no encaja cuando, simultáneamente, se conmemora el 50° Aniversario de la OTAN con una reafirmación de la «especial responsabilidad» de este organismo —una alianza militar, no lo olvidemos— en la construcción del nuevo orden mundial.

La crisis del Estado, cuyas bases materiales se encuentran en el proceso de mundialización de la economía, se ve, sin embargo, agudizada por la inexistencia de fórmulas estatales o supraestatales alternativas, que garanticen la preservación de las conquistas socio-políticas alcanzadas. En la Europa de hoy, por ejemplo, paradigma para muchos de la integración política supranacional, los Estados más frágiles ven resurgir en su seno odios ancestrales y nacionalismos insolidarios que cuestionan los fundamentos de la convivencia nacional. Por encima, sólo se perfila un gran espacio económico, con las instituciones estrictamente necesarias para hacer funcionar el mercado y para dar credibilidad al proceso. Ni siquiera existe una Constitución, algo que los Estados nacionales ya alcanzaron hace doscientos años, ni un gobierno representativo con una legitimidad democrática, ni un parlamento con auténticas funciones legislativas y facultades para controlar al gobierno... la llamada Unión Europea es todavía muy poco más que un mercado común; eso sí, con más de trescientos millones de consumidores y con la mirada puesta en la colonización de las regiones orientales.⁹ Lo mismo, pero sin envoltorios políticos, es el Tratado de Libre Comercio (NAFTA), que agrupa los territorios de Estados Unidos, Canadá y México, y ni siquiera eso, aunque quisiera ser mucho más, es el contradictorio MERCOSUR, réplica meridional de las dos grandes agrupaciones anteriores.

Muy por debajo en lo que se refiere a vigencia del sistema democrático están los antiguos colosos del mundo socialista, Rusia y China, cuyos regímenes distan ahora tanto del socialismo como de la democracia. Tras el bombardeo de su Parlamento, Rusia ha retornado a un modelo muy similar al que tenía antes de la Revolución de Febrero de 1917, con una sociedad des-

8 Recordemos la reflexión contenida en Huntington, S. P. (1997), *El choque de las civilizaciones y reconfiguración del orden mundial*. Barcelona. También, Kaplan, R. D. (2000), *La anarquía que viene*. Barcelona.

9 Un balance crítico de estas realidades en Flores, G.; Luengo, F., coords. (2000), *Tras el Muro: 10 años después de 1989*. Madrid.

articulada, tendencias separatistas, una Duma que carece de las atribuciones de un auténtico poder legislativo y un ejecutivo a merced de la jefatura del Estado, antes el Zar y ahora el tirano de turno. Ya se sabe que en la historia, la tragedia siempre se repite como comedia. En el caso de China, podemos decir sólo que la tragedia continúa y que a nadie se le ocurriría encuadrar a este régimen entre los que tienen una mínima legitimidad democrática. Sin embargo, uno y otro cuentan con la tolerancia de la llamada «comunidad internacional», más preocupada por la apertura de estos inmensos mercados a la penetración del capital exterior que por el establecimiento de instituciones auténticamente democráticas.

¿Cómo puede hablarse, entonces, del «triumfo» de la democracia? Para responder a esta pregunta será necesario referirse a un nuevo elemento: el concepto de *globalismo*. Ya se ha caracterizado a la *globalización*, entendida en el sentido mayoritariamente asumido, como una fase, la más reciente, del proceso de integración de la especie humana a escala planetaria, lo que conocemos como mundialización. Este proceso, que hunde sus raíces en la época de los grandes descubrimientos europeos, se asienta sobre sólidas bases materiales —tecnológicas, económicas y demográficas—, por lo que puede ser caracterizado como una tendencia objetiva del desarrollo humano.¹⁰

Sin embargo, los progresos que en este sentido ha realizado la Humanidad en los últimos quinientos años han sido objeto de interpretaciones casi siempre interesadas por parte de las instancias del poder, que han buscado siempre legitimar sus propias actuaciones, no siempre justificadas sólo por los condicionantes objetivos de la mundialización. Por ejemplo, los verdaderos fines de la conquista y posterior explotación de los territorios americanos por las metrópolis ibéricas, se vieron siempre enmascarados en un discurso cuya idea fuerza era la propagación de la fe cristiana. La evangelización fue, así, uno de los primeros términos empleados para definir la mundialización, ya que poseía la utilidad de legitimar la acción interesada de los colonizadores recurriendo a valores socialmente aceptados.

El mismo esquema, aunque en este caso basado en la responsabilidad de hombre blanco y en la defensa de la civilización occidental, informó el discurso de los teóricos del imperialismo en Francia y Gran Bretaña. Y no faltaron quienes, con posterioridad y en las propias filas socialistas, defendieron la proyección exterior de sus Estados con el argumento de que, con ello,

10 Véase Pérez Serrano, J.; Gómez Gómez, C. (1999), «Historia y ecohistoria ante la crisis ambiental». En: *História e meio-ambiente. O impacto da expansão europeia*. Coimbra, pp. 53-76.

se permitiría extender la democracia y el bienestar a todos los pueblos del planeta. Como vemos, el eje del discurso es siempre un valor supremo universalmente asumido por la colectividad que se considera destinataria del mensaje, y, en torno de él, se articulan, de forma subordinada, los restantes elementos, incluso aquellos que pueden parecer contradictorios. Esta forma de construir el discurso es lo que hemos dado en llamar *globalismo*, y no es más que la forma en que las grandes potencias disfrazan sus intereses particulares como intereses y aspiraciones globales, entendidos como comunes a toda la Humanidad. Es, a escala planetaria, lo mismo que un siglo antes habían logrado hacer las burguesías europeas y la norteamericana por medio del concepto de «interés nacional», elemento básico del discurso legitimador de sus estrategias imperiales.

El *globalismo* de hoy es fiel continuador del que los ideólogos del autoproclamado ‘Mundo Libre’ difundieron en los años de la guerra fría, como prolongación de la doctrina de la *seguridad nacional*. Todo lo que sucede en el mundo tiene, en mayor o menor medida, un efecto global y, por ende, es susceptible de ser interpretado como una amenaza para la seguridad de los poderosos. Se establecía, así, un derecho a la propia defensa que sirvió para legitimar las numerosas intervenciones exteriores de los Estados Unidos en el último medio siglo.¹¹

En las condiciones actuales, el *globalismo* se ha revestido de nuevos argumentos y ha pasado a convertirse en el ingrediente más sólido del llamado «pensamiento único», al que no sólo dota de una poderosa lógica interna, sino también del vocabulario específico capaz de manipular eficazmente las nuevas realidades de la *globalización*. De hecho, su primer gran éxito ha sido adueñarse de este mismo término, añadiendo a sus contenidos reales otras connotaciones interesadas, referidas a las esferas de la política, la cultura y el bienestar, que justifican, a juicio de quien escribe, el que hablemos de un nuevo milenarismo. Y es que la proximidad del año dos mil resultaba, en este sentido, ciertamente eficaz para envolver a la *globalización* con este ropaje globalista y presentarla como el fin de la historia, la muerte de las ideologías, la desaparición, en definitiva, de todo aquello que cuestiona o puede cuestionar el poder actual de las grandes megápolis en su disputa por la hegemonía mundial.

11 Sobre el empleo de este discurso como arma de guerra al servicio de la proyección geoestratégica de los Estados Unidos, Pérez Serrano, J. (1998), «La Guerra de Cuba en la geopolítica de su tiempo». En: *Cuba en el 98: las últimas campañas*. Cádiz.

LA SUPUESTA CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN

Uno de los aspectos más recurrentes del discurso globalista es el de vincular la *globalización* con una progresiva universalización de la democracia y con la crisis de los Estados nacionales, que algunos interpretan en clave de desaparición.¹² Ciertamente algunos Estados han estallado en los primeros años de la postguerra fría. Yugoslavia, Checoslovaquia y la propia Unión Soviética, se han fragmentado en un total de veintitrés formaciones estatales independientes, y aún hoy —observando el conflicto de Chechenia— no es fácil saber si la desintegración ha concluido. Sin embargo, es bastante discutible que las sociedades afectadas hayan constituido, pese a las reiteradas declaraciones formales, sistemas políticos democráticos. Es más, un análisis más detenido demuestra que en realidad estos procesos, que afectan a Estados multinacionales, poco o nada tienen que ver con la llamada crisis del Estado-nación; más podría decirse lo contrario, ya que la fuerza motriz en todos ellos ha sido el propio nacionalismo, que ha logrado sustituir las estructuras federales por otras de carácter nacional.

Es, por lo demás, evidente que estos nuevos nacionalismos han surgido o se han visto potenciados por el hundimiento del modelo socioeconómico y político de lo que fue el «socialismo real». No cabría, por tanto, sobredimensionar aquí la influencia disolvente de la globalización y sí valorar el interés estratégico que para el imperialismo alemán han tenido siempre los extensos territorios de la Europa central y oriental, lo que ya Bismarck denominó las «colonias interiores» de Alemania. La defensa del derecho a la autodeterminación por parte de los nuevos señores de Europa resulta tan parcial y poco creíble como la realizada por los Estados Unidos en el caso del conflicto de Kuwait, unos años después de haber invadido Panamá o Granada. Cualquiera que sepa algo de la historia de nuestro siglo podrá comprobar, además, que, tras la aparente anarquía con que se han desarrollado las cosas, el mapa europeo que surge en la postguerra fría no es sino el diseñado en el periodo entre guerras por los estrategas del «espacio vital» alemán: un puzzle de pequeños Estados, enfrentados entre sí, lastrados por fuertes nacionalismos de sesgo autoritario y condenados a la dependencia política y económica del nuevo centro continental.¹³

Por el contrario, los Estados de la Unión Europea, aunque algunos

12 Por ejemplo, Ohmae, K. (1995), *The End of the Nations State*, New York.

13 Le Rider, J. (2000), 'Mitteleuropa'. *Posición histórica de Alemania en la Europa central*. Barcelona

tienen una persistente conflictividad originada por los nacionalismos, se ven preservados por el discurso dominante en la llamada comunidad internacional, que deslegitima a estos movimientos con el apelativo de «terroristas». No hay, por tanto, un posicionamiento nuevo ni un enfoque de principio de validez universal respecto a cómo definir en esta nueva etapa las relaciones entre el Estado y la nación. El asunto continúa abordándose sobre la base de la defensa prioritaria, y por todos los medios, de los intereses del sistema capitalista: aquí habrá que disolver, por que el Estado obstaculice la penetración y/o la reproducción de los capitales exteriores; allá habrá que unificar ya que se considera necesaria la cooperación de un Estado fuerte para alcanzar estos objetivos. La historia de la última década apunta variados ejemplos de ambas estrategias, pero su comentario desbordaría del todo los márgenes de este trabajo. Baste decir que al primer modelo responden las constantes agresiones a la cada vez más reducida Federación Yugoslava, y que el reforzamiento de la RFA con la anexión de la RDA constituye el ejemplo paradigmático del segundo.¹⁴

¿Cómo incide, entonces, la globalización sobre los actuales Estados? Ya hemos visto que los grandes centros del poder político y económico a escala planetaria se esfuerzan por que lo hagan de manera desigual y siempre concordante con sus propios intereses. Clinton, en el discurso de su primera investidura, reconoció ya que «fuerzas profundas y poderosas están agitando y transformando nuestro mundo». Es incuestionable, pues, que la *globalización* es un proceso objetivo, sustentado en una revolución tecnológica sin precedentes, con efectos determinantes en el ámbito de la economía y en el crecimiento de la población. Su rápida difusión se ha visto potenciada, además, por la desaparición del enfrentamiento entre los bloques ideológicos y por la extensión de la economía de mercado a prácticamente la totalidad del planeta. En modo alguno todo esto podría dejar de tener su propia incidencia sobre los Estados.

La quiebra del mal llamado «Estado del bienestar», allá adonde, por las exigencias de la guerra fría, había tomado algo de cuerpo, es la primera consecuencia constatable de la implantación del capitalismo como único sistema mundial. Allí donde no existía, como es el caso de la Gran Área controlada por los Estados Unidos, la desprotección del individuo puede llegar a

14 Véase todo esto con mayor amplitud en Pérez Serrano, J. (1996), «De la 'Guerra de las Galaxias' a la 'diplomacia del marco'. Elementos para una nueva geopolítica europea». *Trivium*, 8, pp. 113-156. En la misma línea, Lacoste, Y. (1992), «La question serbe et la question allemande». *Herodote*, 67.

ser total. De hecho, la supresión de las fronteras comerciales, la explosión de las telecomunicaciones, las autopistas de la información, el poder de los mercados financieros, los acuerdos internacionales de libre cambio, todo esto contribuye a transformar radicalmente los Estados-nación tal y como los hemos conocido en el último siglo. El neoliberalismo, y su vertiente más sórdida, el neoconservadurismo, se han encargado de teorizar y llevar a la práctica las nuevas funciones del Estado en las condiciones de la *globalización*. En palabras del subcomandante Marcos, que tienen una estremecedora vigencia en los países menos desarrollados, «en el cabaret de la globalización, el Estado se entrega a un *strip-tease* al término del cual no conserva más que lo mínimo indispensable: su fuerza de represión»,¹⁵ algo que, por otro lado, forma parte de su propia naturaleza y que es, además, una necesidad impuesta por la creciente desarticulación de la sociedad. Como prueba de cuáles son estas nuevas/viejas funciones del Estado, las propias Naciones Unidas se han visto obligadas a reconocer que «el desarrollo de sindicatos del crimen ha sido facilitado por los programas de ajuste estructural que los países endeudados han sido obligados a aceptar para tener acceso a los préstamos del Fondo Monetario Internacional».¹⁶

El neoliberalismo ha venido a reforzar, por tanto, las tradicionales funciones de represión y control que los clásicos del socialismo atribuyeron al Estado capitalista, aliviándolo de la pesada carga que, en el ámbito de la protección y la asistencia social, el keynesianismo y las políticas socialdemócratas habían hecho recaer sobre él.¹⁷ No debe extrañar, por ello, que la primera experiencia histórica de este autoproclamado «nuevo liberalismo» tuviese lugar precisamente en Chile, durante la sangrienta dictadura de Augusto Pinochet. Menos Estado, sí; pero más policía, más control, más represión. De otro modo es imposible hacer frente al malestar y a la violencia social que engendran estas políticas.

No hay riesgo, pues, de que el Estado desaparezca. Hubiera sido demasiado fácil. La sociedad civil puede recobrar la tranquilidad: no será requerida para que abandone su letargo. Periodistas, tertulianos y famosos pueden seguir ocupando el lugar de los intelectuales, y éstos, el de fieles acólitos del poder establecido. Tienen, sin embargo, estos enanos una tarea de

15 Marcos (1997), «Pour qu'à est-que nous combations. La quatrième guerre mondiale a commencé». *Le Monde Diplomatique*, n° 521, 44 année, août, p. 5.

16 Vid. ONU (1995), *La Globalisation du crime*. New York, Nations Unies.

17 Sobre el papel desempeñado por la *crisis* en la perspectiva de alcanzar estos objetivos, Pérez Serrano, J. (1996), «¿Depresión o crisis?». *La Hoguera*, 2, pp. 40-42.

gigantes: introducir y mantener viva en la mente de miles de millones de personas la utopía perversa de la *globalización*, contradiciendo las más elementales evidencias, e impedir que en alguna parte de este inmenso mundo globalizado brote el pensamiento crítico, porque la verdad sigue siendo un poderoso aliado de los oprimidos.

LAS CONTRADICCIONES OBJETIVAS DEL SISTEMA MUNDIAL

Hemos dedicado buena parte de esta exposición a establecer los estrechos vínculos existentes entre la *globalización* y el pensamiento único. Cabe, sin embargo, preguntarse por qué instancias tan poderosas como las que hoy poseen el control político y económico a nivel mundial han puesto tanto empeño en construir este nuevo dogma.¹⁸ ¿No hubiese sido más eficiente, en términos de ahorro energético y de perdurabilidad del sistema, evitar la cristalización de un discurso tan invasivo? La historia de nuestro siglo demuestra hasta qué punto han resultado inútiles todos los esfuerzos realizados con la pretensión de imponer visiones oficiales y erradicar la disidencia intelectual. Sin embargo, el pensamiento único ha comprometido todos y cada uno de los fundamentos y legitimaciones del poder, de forma que su quiebra, por pequeña que sea, conduce directamente a un cuestionamiento explícito del sistema.

Una apuesta de estas características sólo puede explicarse por la propia inseguridad que el proceso objetivo de la *globalización* ha provocado y provoca en los círculos del poder mundial, quizá demasiado adaptados a las cómodas condiciones de la guerra fría. Contra lo que pudiera parecer, el hermetismo y la aspiración holística del pensamiento único no son sino recursos defensivos de quienes tratan aceleradamente de interpretar el signo de los tiempos. La confrontación con el otro gran bloque ideológico demandaba un esfuerzo, y lógicamente conllevaba riesgos y tensiones, pero también estaba sometida a unas reglas que eran bien conocidas, y resultaba bastante improbable que alguno estuviera interesado o pudiera alterar las condiciones de la confrontación. De hecho, con una influencia y un potencial destructivo

18 Y por ocupar incluso el espacio del pensamiento crítico, definiendo interesadamente falsos debates, como se hace en Estefanía, J. (1995), *Frente al pensamiento único*. Madrid. Para dimensionar esta singular crítica al pensamiento único, digamos, desde dentro, véase del mismo autor Estefanía, J. (1996), *La nueva economía. La globalización*. Madrid.

como el que el bloque socialista llegó a poseer, Occidente nunca sintió la necesidad de constituir un pensamiento único.

Ahora, el enemigo exterior ha desaparecido; pero ¿no es el propio proceso de la *globalización* un potencial enemigo del poder? Desde los grandes polos del capitalismo desarrollado no puede verse con tranquilidad un crecimiento demográfico como el que hoy, por efecto de la propia globalización, experimentan los países del Sur. Pero la revolución tecnológica, en manos de las grandes corporaciones capitalistas, ha condenado ya a estas poblaciones a la miseria y a la exclusión.¹⁹ No tienen lugar en el sistema. Sin embargo, existen y no es posible hacerlas desaparecer del planeta. Es más, en sólo unas décadas habrán duplicado su número y constituirán las cuatro quintas partes de la Humanidad. Es lo que Paul Erlich ha denominado la «bomba P».²⁰ Y aún no hemos dicho nada de su impacto ecológico.²¹

Pero la inseguridad de los poderosos viene también motivada por la reactivación de la competencia interna por el control de los mercados mundiales.²² Tras la desaparición del enemigo común, la formación del llamado «espacio económico europeo» constituye, se reconozca o no, una seria amenaza para la hasta ahora incuestionada supremacía de la Gran Área anglo-norteamericana.²³ Baste señalar, por ejemplo, cómo el dólar y el euro siguieron trayectorias claramente divergentes durante el conflicto de Kósovo, aunque en apariencia la intervención estaba consensuada. Y en el área del Pacífico, donde se desarrolla la proyección exterior de Japón, cabe decir otro

19 Boff, L. (1996), *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid; Hardoy, J.E.; Satterthwaite, D. (1987), *Las ciudades del Tercer Mundo y el medio ambiente de la pobreza*. Buenos Aires, 1987.

20 El término «Bomba P», que define el crecimiento imparable de la población mundial, fue empleado por primera vez por Paul Erlich en *The Population Bomb*. New York, 1968. Una reflexión más reciente en Erlich, P. R.; Erlich, A. H. (1994), *La explosión demográfica. El principal problema ecológico*. Barcelona.

21 Lamentablemente, se van cumpliendo las previsiones más pesimistas contenidas en Meadows, D.N. et al.(1972), *The Limits of Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. Londres, luego confirmadas por la Comisión Mundial sobre Entorno y Desarrollo (1989), *Informe Brundtland. Nuestro Futuro Común*, Madrid.

22 Adams, J. (1999), *La próxima guerra mundial*. Buenos Aires; Albiñana, A., ed. (1999), *Geopolítica del caos*. Madrid.

23 Algo que se reconoce implícitamente en algunos documentos oficiales europeos, Comunidades Europeas (1994), *Europa en un mundo cambiante. Relaciones exteriores de la Comunidad Europea*. Luxemburgo.

tanto,²⁴ aunque por el momento el gran mercado chino continúa estando controlado por la Gran Área.²⁵

Una última y palmaria prueba de hasta qué punto el poder se mueve hoy más por el miedo, la incertidumbre y la desconfianza que por la senda segura de un proyecto realizable, la tenemos cuando ha salido a la luz la forma en que algunos pretenden controlar el uso de las nuevas tecnologías. Hace sólo unos meses saltó la noticia: en los Estados Unidos, un gran centro con más de 20.000 especialistas, trabajaba filtrando todos los mensajes que eran distribuidos a través de Internet. Agrupados por idiomas, regiones, temáticas y conflictos, su oscura y sistemática misión era detectar, utilizando palabras-clave de las ideologías críticas, quiénes eran los emisores y los receptores de los mensajes, qué relaciones establecen entre sí, qué grado de peligrosidad puede atribuírseles y, en definitiva, aportar a otros departamentos la información necesaria para desintegrar cualquier forma de resistencia intelectual a los designios del Imperio. Parece ciertamente revelador que, en un mundo donde se proclama el triunfo de la democracia, tenga lugar esta violación sistemática de la correspondencia con fines netamente represivos, al estilo de las viejas policías políticas del nazifascismo.

Este terror profundo del sistema a lo que ellos consideran efectos indeseables de la *globalización* es lo que, en definitiva, explica su firmeza en el empeño de construir un pensamiento único. Es evidente que el conocimiento, la información, el intercambio y la crítica tienen ahora canales de distribución a escala planetaria en tiempo real. La ocultación y la mentira son ahora objetivamente más difíciles de sostener, pese al control absoluto de las grandes agencias de noticias y de los grandes medios de comunicación de masas. El reto de los poderosos es ahora no negar, sino integrar unos hechos que ya no pueden ser ocultados en un sistema interpretativo y en un contexto que no cuestione los fundamentos del sistema. Miles de experimentos se han realizado ya, por medio de la prensa, la televisión e Internet, para tratar de estimar hasta dónde es posible extender con eficacia esta manipulación. Recordemos, como botón de muestra, aquella imagen que dio la vuelta al mundo en los días de la «guerra del Golfo»: una gaviota embarrada en petróleo, la

24 Bonomelli, G. (1996), «Japón en el nuevo orden mundial: tendencias en su agenda de política exterior». *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, Serie Docencia N°33, número monográfico; también, sobre los antecedentes de esta expansión, Halliday, J.; McCormack, G. (1972), *El nuevo imperialismo japonés*. Madrid.

25 Por ejemplo, Bologna, A. B. (1997), «Los superbloques económicos: Asia Pacific Economic Cooperation APEC». *Cuadernos Política Exterior Argentina*, Serie Docencia N°38, número monográfico.

prueba inequívoca de que Saddam Hussein no sólo era un tirano, sino que también atentaba contra el medio ambiente. Su impacto fue mundial. La imagen procedía, sin embargo, de un vertido de crudos en la propia costa norteamericana.²⁶

En definitiva, la *globalización* ha venido a demostrar justamente lo contrario de lo que se obstina en defender el pensamiento único: que la historia continúa, y que, además, lo hace a una velocidad trepidante. Como siempre, la tecnología está a disposición del hombre: puede curar o matar, producir o destruir, generar riqueza o extender la pobreza y el hambre. Que nadie crea que el desempleo o la manipulación son «culpa» de los avances tecnológicos. Este nuevo «ludismo» resultaría ingenuo y fatal. Son los hombres, llevados por sus intereses, los que amplían o restringen el beneficio social de los avances tecnológicos. El sistema económico tampoco es una fuerza de la naturaleza, a la que haya que plegarse como ante un viento implacable. El neoliberalismo no es más que una forma, la menos inteligente, la más destructiva, de organizar y hacer funcionar la economía. La cuestión radica, no nos engañemos, en quién posee el poder y en cuáles son los recursos de que dispone para conservarlo.

Pero ¿quién puede asegurarse el predominio en tales condiciones? No podemos siquiera imaginar cómo será el mundo de nuestros hijos, ni si habitarán dentro o fuera del planeta, con otros hombres o en compañía de seres fabricados industrialmente. El futuro no está escrito para nadie. Además, sus recientes alardes demuestran que hoy el poder mundial se asienta sobre dos frágiles pilares: de una parte, una gran capacidad para ejercer la violencia y provocar la destrucción; de otra, el pensamiento único. Ambos están indisolublemente unidos, porque la violencia sin legitimidad, sin consenso, sin resignación, es como un bumerán. Resistirse es ya un gran paso para vencer.

Para construir nuestro propio futuro, los ciudadanos del mundo necesitaremos las tres cosas que, sin duda, han constituido los motores de nuestra historia: utopías, realidades y proyectos. Sobre las utopías, es seguro que las tendremos, porque la creatividad del hombre desborda todo reduccionismo.

26 Sobre esto puede verse Sartori, G. (1997), *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid. Otro caso extremo, por la falsificación continua de las informaciones, fue el tratamiento dado por la prensa alemana y, en particular, por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, al conflicto yugoslavo desde sus inicios, algo reconocido incluso por autores afines como Ash, T. G. (2000), «El presente como historia». *Claves de razón práctica*, 102, p. 26.

Las realidades, como se ha visto, no son unívocas: hay que conocerlas y tratar de hacer del cambio nuestro amigo, no nuestro enemigo. En cuanto a los proyectos, deben moverse siempre entre la realidad y la utopía: son los ladrillos con los que se construye el futuro y el mejor legado que podemos dejar a nuestros hijos. Démosle verdadero trabajo a esos 20.000 funcionarios del Imperio. Si la Humanidad, esa nueva categoría que la globalización está incesantemente construyendo, reivindica su protagonismo, ¿a quién van entonces a bombardear?